
Uno de hombre con la mujer es como una corriente eléctrica: subjetividad y sexualidad entre los hombres de Morelos¹

Roberto Castro

Introducción

La investigación social sobre la reproducción y la anticoncepción privilegió, por muchos años, los enfoques que se centran en el análisis del papel de las variables macrosociales y demográficas como determinantes de aquellos fenómenos. La demografía ha estudiado la reproducción y la anticoncepción desde un punto de vista cuantitativo y macro, centrándose en las mujeres, y tomando a los hombres como variables “intervenientes” (u obstaculizantes) en el proceso (Figuroa, 1995). La discusión contemporánea sobre estos temas, en cambio, enfatiza la importancia de enriquecer esta indagación desde varias perspectivas entre las que sobresalen la dimensión micro-social (De Oliveira y García, 1986), la perspectiva de género (Arias, 1995), la necesidad de considerar, en el proceso de conceptualización, a los hombres como actores igualmente importantes en el fenómeno reproductivo (Hearn y Morgan, 1990) y el carácter socialmente construido de la sexualidad humana (Caplan, 1987; Weeks, 1995). Nutriéndose de esas tendencias, este trabajo presenta un análisis sobre el “significado” que tienen la sexualidad, la reproducción y la anticoncepción para los varo-

¹ La mayor parte de este ensayo fue tomada de un trabajo del autor publicado junto con Carlos Miranda en: Susana Lerner (editora), *Varones, sexualidad y reproducción. Diversas perspectivas teórico-metodológicas y hallazgos de investigación*, México, El Colegio de México y Sociedad Mexicana de Demografía, 1998. El autor, sin embargo, ha realizado algunos cambios y añadidos para esta versión.

nes de una comunidad rural del estado de Morelos (Ocuituco), en su vinculación con diversos procesos sociales presentes en la localidad. La primera parte de este trabajo presenta una breve caracterización de la comunidad bajo estudio; la segunda parte presenta el enfoque teórico y el método seguido en esta investigación; finalmente, la tercera parte presenta los principales hallazgos en relación al tema que nos ocupa, así como las conclusiones que se derivan de este análisis.

El argumento central es que las significaciones que se asocian a los fenómenos de la sexualidad, la reproducción y la anticoncepción, deben interpretarse en estrecha conexión con las condiciones objetivas de vida, así como con los rasgos centrales de la "visión del mundo" de los actores estudiados. En el caso que nos ocupa, tratamos de mostrar cómo ambos niveles de la realidad se reflejan en el discurso de los varones al abordar los temas estudiados. Como se verá, el significado que la reproducción y la anticoncepción tienen para ellos es producto del entrecruzamiento de dinámicas asociadas tanto a la estructura social como a la subjetividad.

I. Ocuituco

Ocuituco es una comunidad rural de aproximadamente 3 200² habitantes, situada en el noreste del estado de Morelos, aproximadamente a 90 km. al sureste de la ciudad de México. La comunidad ha estado expuesta directamente a la influencia de la medicina moderna desde hace 40 años, cuando el primer médico privado estableció su práctica en la comunidad. En la actualidad, Ocuituco cuenta con un pequeño centro de salud a cargo de un pasante de medicina, una enfermera y una promotora de salud, todos pagados por la Secretaría de Salud. Durante los últimos cinco años, la presencia de la medicina moderna en la comunidad ha crecido significativamente toda vez que tres médicos más se han establecido en la comunidad con el fin de prestar sus servicios como médicos privados.

La manera en que los habitantes de Ocuituco experimentan subjetivamente (y dan cuenta de) los fenómenos de la sexualidad, la repro-

² Censo demográfico realizado por el autor en la comunidad en 1988.

ducción y la anticoncepción se asocia estrechamente a sus condiciones objetivas de vida y a las características de la estructura social dentro de la cual viven. La investigación de carácter etnográfico y estadístico ya realizada por el autor (Castro, 1995; Castro, 1995a; Castro, Bronfman y Loya, 1991), muestra que hay cuatro factores básicos que caracterizan la realidad social de Ocuituco y que deben ser considerados en este análisis:

1) Ocuituco es una comunidad en la que la mayoría de los habitantes viven en condiciones de privación económica o pobreza.

2) Las mujeres de Ocuituco viven bajo el dominio directo de los hombres, en un sistema de dominación de género que las oprime. Cuando se trata de estudiar la experiencia subjetiva de la sexualidad, la reproducción y la anticoncepción, la relevancia de este factor no puede ser sobreestimada.

3) Durante los últimos 40 años, un proceso de medicalización ha tenido lugar en esta comunidad. Gradualmente, la medicina moderna ha adquirido importancia en detrimento de otras medicinas tradicionales.

4) Sin embargo, aún es posible encontrar elementos muy significativos de la tradición que han sobrevivido y continúan teniendo sentido para la población.

En consecuencia, la hipótesis central de esta investigación es que las experiencias subjetivas de la sexualidad, la reproducción y la anticoncepción en Ocuituco son mejor "interpretables", desde una perspectiva sociológica, si dicho ejercicio se realiza en estrecha conexión con estos cuatro factores sociales.

Ocuituco es una comunidad "típica" del centro de México. Sus habitantes son mestizos que hablan español y viven bajo una economía campesina de subsistencia. Es precisamente este carácter "ordinario" de la comunidad lo que la hace relevante para esta investigación pues, como se verá al final de este trabajo, ese rasgo constituye el fundamento que permite generalizar los hallazgos más allá de las fronteras de la propia comunidad estudiada.

II. Teoría y métodos

La perspectiva teórica general de esta investigación corresponde a la de la sociología interpretativa, toda vez que el objetivo principal es "com-

prender", mediante interpretación sociológica, la manera en que los habitantes de Ocuituco atribuyen sentido a sus experiencias de sexualidad y reproducción. Weber ha enfatizado que la característica distintiva de la investigación sociológica es su naturaleza interpretativa (Weber, 1985), es decir, que la comprensión o *verstehen* es una forma de conocimiento sociológico, legítimo en sus propios términos, que nos permite captar la orientación subjetiva de los individuos. Todas las interpretaciones de la realidad —las científicas y las del sentido común— se basan en un cuerpo de experiencias pre-existentes acerca de la misma, la mayor parte del cual nos ha sido heredado por nuestros antecesores. Y "el medio tipificador a través del cual se transmite el conocimiento socialmente derivado es el vocabulario y la sintaxis del lenguaje cotidiano" (Schutz, 1962). El lenguaje es el medio por excelencia a través del cual la actividad interpretativa de un grupo puede ser observada. El lenguaje de un grupo social representa la acumulación objetiva de vastas cantidades de significados y experiencias de ese grupo (Berger y Luckman, 1986). Por extensión, el lenguaje que un grupo usa para expresar síntomas y hablar de la sexualidad y la reproducción, constituye en sí mismo la experiencia objetivada de ese grupo respecto de estos fenómenos, al mismo tiempo que sirve para expresarla (Boltanski, 1972). En concordancia con estos postulados, el análisis interpretativo de esta investigación está basado en las explicaciones verbales de los habitantes de Ocuituco, toda vez que se asume que el lenguaje que usan los individuos en la vida cotidiana es el medio por excelencia para transmitir "significados".

El análisis que se presenta se basa en las entrevistas a profundidad que entre 1988 y 1992 se aplicaron a 34 mujeres, 24 varones, así como a 16 informantes clave (médicos, parteras, maestros) de la comunidad. En la selección de informantes no se buscó representatividad estadística, sino entrevistar a profundidad a diversos "tipos" de ellos: las mujeres fueron seleccionadas según su fertilidad (alta o baja), su estado civil y la edad al primer parto (antes o después de los 18). Los varones se seleccionaron según su grado de escolaridad (menos de 3 años, entre 3 y 6, y más de 6) y según su tipo de ocupación (campesinos, albañiles, etc.). Los informantes clave fueron definidos como aquellos individuos que, dada su posición dentro de la comunidad, desempeñan un papel importante en la formación y diseminación de nociones y conceptos usados en relación al embarazo y al parto. Se in-

cluyeron a tres maestras de primaria, cuatro parteras empíricas, al equipo de médicos y enfermeras responsables del centro de salud y a los médicos privados que se han establecido recientemente en el pueblo. Para la recolección de la información se elaboró una guía de entrevista que exploraba las percepciones, valoraciones y prácticas de los entrevistados en relación a la salud-enfermedad, la sexualidad, la reproducción, la anticoncepción, y la vida cotidiana. El material recolectado fue analizado con un abordaje cualitativo (Glaser y Strauss, 1967) con el apoyo de *software* especializado (Seidel *et al.*, 1995).

III. Hallazgos

Para explorar el problema de los significados que tienen la sexualidad y la reproducción para los varones de Ocuituco, es necesario, en primer lugar, ubicar el fenómeno en cuestión en el contexto social que caracteriza a esta localidad. Es en el entrecruzamiento de las dos formas de desigualdad dominantes (la de clase y la de género) y de las dos formas de saber médico (el moderno y el tradicional), donde es posible encontrar las principales claves que permiten interpretar la lógica que subyace a esas significaciones.

Pero es preciso, también, trascender los elementos contextuales e intentar reconstruir más específicamente los procesos de significación en torno a estos temas. Esto es, más allá de las determinaciones estructurales a las que están sujetos, los individuos cuentan con una capacidad interpretativa que introduce un elemento dinámico en el proceso de construcción de los significados. Estos elementos constituyen lo que podríamos llamar el "contexto subjetivo", que se refiere al conjunto de elementos de la visión del mundo de los entrevistados, resultantes de la interacción social y que sirven de supuestos básicos a los que los individuos recurren para interpretar sus circunstancias y atribuir sentido a sus acciones (Schutz, 1962). En consecuencia, la comprensión del significado de la reproducción y la anticoncepción para los varones de Ocuituco pasa necesariamente por la desconstrucción de varios de sus soportes. De acuerdo con nuestros hallazgos, una *arqueología* de este saber debe indagar en torno a la identidad genérica y a la sexualidad, en tanto vías de acercamiento a los temas de la reproducción y la anticoncepción. Aunque la sección que sigue busca reconstruir el significado que estos temas tienen para los varones, el análisis

necesariamente debe descansar en los testimonios tanto de hombres como de mujeres. Como se verá, ignorar el testimonio de las mujeres equivaldría a privarnos de una fuente de *verificación* de los hallazgos reportados.

III. 1. *Identidad*

Un primer elemento del contexto subjetivo tiene que ver con la propia identidad, esto es, con la forma en que los hombres y las mujeres se construyen y se perciben genéricamente a sí mismos. En una sociedad como la de Ocuituco, las percepciones que los individuos tienen de sí mismos tienden a reflejar las opresiones económica y de género que caracterizan su cotidianidad, así como los roles típicos que expresan su propia identidad. Y a la inversa, las concepciones que tienen sobre diversos aspectos del proceso reproductivo tienden a reflejar no sólo los rasgos centrales del orden social en el que viven sino también las percepciones que tienen de sí mismos. Por ejemplo, al preguntar a una joven madre si tuvo algún tipo de depresión emocional (depresión postparto) tras su último parto, tuvo lugar el siguiente diálogo:

—¿Recuerda usted si cuando tuvo a sus hijos sintió como tristeza durante los cuarenta días después...?

—No, no tenía por qué pasar eso... (aunque) de todos modos, como le digo, a ratos pos sí siente uno feo porque, si es niña, uno dice "pobrecita creatura, va a sufrir lo que yo sentí, lo que yo sufrí". Pero si es hombre, digo yo, no pasará de que se quede tirado en la calle y ya. Pero una mujer siempre sufre más que un hombre (F27/1992:517-525).³

Mientras que la pregunta del investigador se orientaba a explorar en el dominio de lo psíquico, la respuesta de la joven madre se orientó al mundo social que la rodea. Ello muestra que el discurso de los entrevistados sobre la reproducción y la anticoncepción posee un orden propio, que no necesariamente se ajusta a la lógica del entrevistador. Ello explica el aparente desfase entre la intención de las preguntas y el contenido de muchas de las respuestas. Por ejemplo, al indagar sobre el

³ Los testimonios que se presentan de aquí en adelante serán identificados por una inicial indicando el sexo del informante ("M" o "F"), el número de la entrevista correspondiente (del 1 al 74), el año de recolección del testimonio (1988 o 1992), y las líneas de la transcripción original de donde fue tomado el segmento citado.

conocimiento que como adolescente tuvo acerca de su menstruación, tuvimos el siguiente diálogo con una mujer de 23 años:

—¿Entonces su mamá no le explicó nada a usted ni a sus hermanas de lo que les iba a suceder cuando crecieran? ¿Nunca les dijo nada?

—Nunca

—¿Y por qué sería? ¿Por pena, o porque ella tenía muchos problemas y no pensaba en eso?

—Pues no creo que tuviera problemas porque no vivía con ninguno, y de hermanas nada más éramos tres mujeres las que vivíamos con ella (F1/1988:257-266).

En este caso, una pregunta orientada a explorar la probable existencia de problemas personales (psíquicos, emocionales) de la madre como posible explicación para su silencio frente a la menstruación de sus hijas genera una respuesta, sorprendente, en donde la entrevistada deja ver que el concepto "problemas personales" tiene sentido, más bien, si se le vincula al mundo social que la rodea. En este caso, tener problemas es, ni más ni menos, vivir con algún hombre, o tener hijos hombres. A partir de testimonios como éste, es posible señalar que las mujeres caracterizan a los hombres con términos como alcohólicos, malos, violentos, y también como el origen de sus problemas. En general, hombres y mujeres tienden a tener una percepción negativa de sí mismos. Sin embargo, a diferencia de las de las mujeres, la mayor parte de las valoraciones que los hombres tienen de sí mismos hacen referencia implícita a su condición económica:

Mi papá fue un señor de menos importancia como yo... (M33/1988:69-70).

O bien, los hombres se perciben (y valoran) a sí mismos en tanto integrantes de un grupo específico. Esto es, los hombres de Ocuituco hablan de "uno, como hombre", o "yo, como campesino", y se caracterizan a sí mismos en términos de "rudo", "ignorante", "analfabeta", "pobre", etc.:

...yo, por ejemplo, en plan de padre no tengo experiencia que digamos profesional ¿no?, porque somos campesinos, somos analfabetas... (M41/1988: 416-421).

Para efectos del análisis que nos interesa,⁴ es importante destacar dos aspectos importantes. Por una parte, lo que está en funcionamiento aquí

⁴ Es importante señalar que ésta no pretende ser una caracterización exhaustiva de la identidad genérica de los varones de Ocuituco. Esta identidad tiene también componentes de responsabilidad, honestidad, lealtad y otros. Aquí sólo hemos destacado

es un mecanismo de construcción de la identidad masculina a partir de la pertenencia a un grupo. Los hombres, entonces, se conciben a sí mismos como ignorantes, o rudos, no intrínsecamente sino en tanto miembros del grupo de los campesinos, o de los pobres, al que pertenecen. Por otra parte, este mecanismo de transferencia de la identidad del "yo" al "nosotros" entraña una consecuencia de inescapabilidad del propio destino. De acuerdo a la lógica que subyace a esta forma de construir la identidad, para trascender esa especie de minusvalía personal, los hombres de Ocuituco requerirían dejar también de ser campesinos, u hombres, pues es en su adscripción a estos grupos donde se advierte el origen de su propia autovaloración.

III. 2. Sexualidad

Este mecanismo de transferencia y la consecuencia de inescapabilidad funcionan también cuando se explora la identidad genérica en su relación con la sexualidad. Los hombres reconocen abiertamente que el deseo puede ser experimentado tanto por ellos como por las mujeres:

...fijese que también eso es una necesidad. Automáticamente analizando eso del sexo es una necesidad para el hombre y para la mujer, porque de todas maneras creo que en un hombre hay necesidad, en una mujer también (M41/ 1988:452-457).

En el caso de las mujeres, sin embargo, el deseo es esencialmente algo que hay que controlar. En particular, llama la atención la asociación que hacen los varones entre deseo y enfermedad:

...a mí me dolían mucho los ovarios; fui a ver a un señor que cura así, con hierbas. Y me dijo que me estaba haciendo daño no tener marido y yo lo que necesitaba es medicina; me dice: "te voy a dar esta medicina", y sí, me estuve haciendo lavados y eso, porque también yo tenía mucho flujo y me dijo: "no, dice, es que por lo mismo, pues, ¿sabes? tuviste marido pues y pos los deseos pos los tienes"; y ya me recetó eso y me tomé la medicina, así que ni deseos ...y se me quitó todo (F4/1988: 480-495).

El control del deseo de las mujeres descansa también en concepciones prehispánicas. Según López Austin (1988), los antiguos nahuas creían que la concepción se da como resultado de la acumulación de suficien-

aquellos aspectos que es necesario explicitar para poder interpretar lo que sigue: el significado de la sexualidad y la reproducción para los varones de Ocuituco.

te semen dentro de la mujer, lo cual implicaba que era necesario copular varias veces para lograr la formación del bebé. De acuerdo a esta concepción, una cantidad insuficiente de semen no sólo no favorecía el embarazo, sino que daba lugar a que se descompusiera: se transformaba en gusanos y dañaba a la mujer. En la actualidad, pueden advertirse reminiscencias de esta formulación pero que, montadas en la cultura de dominación de género prevaleciente en la comunidad, se expresan como formas extremas de represión del deseo de la mujer:

...a las mujeres se les forman gusanos por dentro del cuerpo, y esos gusanos lo que necesitan es semen; eso hace que las mujeres, cuando tienen esa enfermedad, quieran no con uno sino hasta con cinco hombres, uno tras otro. No es que la mujer sea mala, sino que está enferma y necesita de mucho sexo para satisfacer la necesidad de los gusanos que lleva adentro... incluso el doctor me dijo que si les pasa eso, y que la única manera de controlar eso es echándoles gas [...]. Lo normal es que si uno usa a la mujer, bien; si no, de todas maneras ella no pide; cuando ella pide, ya tienen esos gusanos, ya están mal, ya son peligrosas porque entonces van a satisfacer su deseo con cualquier hombre en cualquier momento (M59/1992:1235-1280).

Como se verá más adelante, esta concepción tiene obvias implicaciones en relación a los métodos anticonceptivos. Antes de entrar en eso, conviene profundizar en algunas nociones relacionadas con la sexualidad, según los habitantes de Ocuituco. La sexualidad de las mujeres de Ocuituco tiene por lo menos tres límites socialmente establecidos: un tiempo biológico (que comienza alrededor de los 15 años de edad), una condición social (básicamente vivir en pareja con un hombre) y un lugar (el hogar). Estos límites (tiempo biológico-*status*-lugar) conllevan comportamientos éticos y morales que repercuten directamente en la vida cotidiana de las mujeres, una vida centrada en la procreación y el cuidado de los demás.

Mientras que el deseo de las mujeres tiende a ser normalizado, esto es, controlado y reprimido, por los hombres, el deseo de los hombres es concebido en términos de una fuerza natural:

...voy a ser franco: uno de hombre⁵ con la mujer haga de cuenta que es como una corriente eléctrica. El trabajo es que empiece uno (después) ya no se controla uno, ¡así puede uno morirse, señor! (M42/1988:332-337).

⁵ Nótese en los dos primeros testimonios de esta página el mecanismo de construcción de la identidad masculina a partir de la pertenencia al grupo de los hombres.

Esta idea de la sexualidad masculina como fuerza natural, y de la sexualidad femenina como fuerza controlada/ble, explica a su vez la forma en que se conceptualiza las relaciones entre hombres y mujeres. Predomina una concepción en la que los hombres son representados en permanente actitud de acoso sobre las mujeres, y las mujeres en permanente actitud de resistir tal acoso:

...nosotros de hombres nos ponemos a ganarle la voluntad (a las mujeres). Si, por ejemplo, cualquier muchacha fracasa con uno, pos bueno, qué quiere que le haga (M36/1988:565-569).

La conceptualización en términos de acoso y resistencia explica el uso del término “fracasar”: aquella mujer que no logra resistir el embate de los hombres es una mujer que “fracasa” en su deber de resistir a dicha presión. Es una mujer que “da su brazo a torcer” (M36/1988: 586-587). Esta visión de la sexualidad de los hombres como una fuerza que acosa es plenamente compartida por las mujeres, tal como lo revela el análisis de muchas de sus expresiones. Los siguientes ejemplos derivan de entrevistas hechas a mujeres por otra mujer (Martha Loya):

i) Hablando sobre la abstinencia sexual durante el postparto, una partera recomendaba:

Por eso digo que a los ocho días ni un hombre puede tocar a su mujer. Por más tardar, si es necio el hombre, a los dos meses... pero si no es necio el hombre, que mejor que dilate cuatro meses... (F22/1988: 609-616).

ii) Hablando de sus tribulaciones para “huirse” con un hombre, una mujer decía:

...era yo escuincla y digo “¿a qué voy con él?”, digo, de veras pensaba yo, “¿a hacerme nomás de otro hijo?”, porque es lo primero ¿ve?, es lo primero... (F12/1988:364-368).

iii) Hablando de que ya no tiene relaciones sexuales con su marido, otra mujer, de 60 años, decía:

...ciertamente hasta hoy es cuando me ha tenido compasión. Aunque con coraje, usted se imaginará, con coraje y con lo que sea, pero ahora sí ya no. Ahora sí, como dice el dicho, ya no le doy buen servicio (M5/1988:146-152).

iv) Finalmente, hablando sobre la posibilidad de tener relaciones sexuales durante los días de la menstruación, una enfermera decía:

Hay algunas que sí practican relaciones porque su esposo quiere tener relaciones en ese día, pues se tienen que dejar ¿sí? (F20/1988:102-105).

Lo esencial de estos testimonios es la normalidad que indican las expresiones en cursivas. Ellas muestran que las entrevistadas asumen que es posible compartir con la entrevistadora ciertos sobreentendidos, que existe cierta comunidad de saberes y valores que comparten por el hecho de ser mujeres. Así, lo que estos testimonios muestran, además de su contenido directo, es que las mujeres de Ocuituco viven en una realidad donde lo normal es que los hombres sean “necios” con respecto a las relaciones sexuales, que “lo primero que quieren” es tener relaciones, y que por eso, si éstas no se dan, les da coraje (“como usted se imaginará”); y sobre todo, una normalidad donde si el hombre quiere tener relaciones, la mujer simplemente “se tiene que dejar”.

Que la sexualidad es una experiencia marcada por las relaciones de género se evidencia también en la forma en que los individuos hablan de ella. En una sociedad como la de Ocuituco, no sorprende que hombres y mujeres hablen de las relaciones sexuales en los siguientes términos:

...(en el radio) dicen que (el sida) solamente se contagia en, este, no por los besos, ni por las caricias, ni por la ropa, ni porque coma en el mismo plato, simplemente se contagia de que *hagan uso de uno...* (F1/1988:1544-1461).

En esto de la primaria ya todas esas cosas ya las vienen estudiando ellas: *cómo es el uso*, cuántos hijos tienen, y como tienen que vivir y todo eso (M36/ 1988:505-509).

“Hacer uso de una mujer” o “dar un buen servicio” son las expresiones cotidianas utilizadas por los hombres y mujeres de Ocuituco para referirse a las relaciones sexuales. Para ellos, los conceptos de “sexualidad” y de “relaciones sexuales” son abstracciones que sólo adquieren concreción a través de expresiones como “hacer uso”. En otras palabras, “hacer uso” es una expresión mucho más significativa para los Ocuituquenses que “tener relaciones sexuales”. Esta expresión indica la manera en que los individuos experimentan las relaciones sexuales: dada su condición de género: las mujeres han aprendido a sentirse usadas, mientras que los hombres han aprendido a sentir que usan a las mujeres. Y, al mismo tiempo, una expresión como ésta hace referencia a una experiencia subjetiva que sólo puede existir en una sociedad cuyas características centrales son sugeridas, por implicación, por la misma expresión: una sociedad en la que las mujeres son cosificadas y dominadas.

Es importante notar que el conjunto de los testimonios presentados en esta sección reconoce que “lo natural” juega un papel muy importante en la sexualidad tanto de los hombres como de las mujeres.

No sólo, como reconocía un informante varón, es la sexualidad una necesidad tanto en el hombre como la mujer; también la teoría de la descomposición del semen en gusanos descansa en una visión naturista de las cosas. Sin embargo, lo importante aquí es advertir qué se enfatiza en el proceso de construcción social de los significados: la sexualidad de los hombres es construida esencialmente como un impulso natural al que hay que dejar ser; la de las mujeres, en cambio, es construida como un impulso o como una enfermedad (naturales ambos), al que hay que normar.

III. 3. Reproducción

A partir de las interpretaciones precedentes, es posible reconstruir la lógica de algunos de los significados que poseen la reproducción y la anti-concepción para los varones de Ocuituco. El desciframiento de esa lógica permite vislumbrar las conexiones que vinculan asuntos aparentemente tan disímbolos e inconexos como el temor de los varones de que su mujer tenga un hijo "ajeno" (de un hombre que no sea su pareja); la centralidad que socialmente se asigna a los varones en el parto, pero no en el embarazo; el valor diferencial de los niños y las niñas en términos económico y social; y la capacidad decisoria de los hombres en los momentos más importantes del proceso reproductivo.

a) Hijo ajeno

Como se vio más arriba, ser hombre en Ocuituco significa, entre otras cosas, ponerse a "ganarle la voluntad" a las mujeres. Ser mujer, por su parte, es, entre otras cosas, resistir ese acoso, es no fracasar en esa resistencia. Esta faceta de la identidad genérica masculina y femenina se asocia estrechamente con un rasgo característico de la sexualidad/reproducción en Ocuituco: el temor de los hombres a que sus mujeres tengan un hijo de otro hombre, esto es, la duda sistemática sobre la propia paternidad. Esta duda está en la base de las relaciones de dominación de los hombres sobre las mujeres y se expresa de varias maneras. Bien, como una amenaza:

Ya con la cuarta niña yo le digo a mi esposo: "¡ay!, ya mis hijos están grandes, yo quiero tener otro". Y dice: "ah, *pos si tienes otro ni creas que es mío...*" (F26/1992:575-579).

Bien como el origen de la violencia contra las mujeres:

Yo iba a vender pollo a Jumiltepec... Y luego él venía: "¡ay! ya esto, ya lo otro", me pegaba, que había yo de confesar qué hacía yo por allá. Me tenía desconfianza, pero viera, todos mis hijos son los mismos. Entonces, cuando tuve este a los 46 años me dijo *que no había de ser su hijo...* (F30/1992:99-107).

O bien como recurso de manipulación de las madres sobre los hijos:

...después mi suegra, como es medio canija, le decía a mi esposo: "¡ay! qué se me hace que ese niño, como ya te la trajiste embarazada", dice, "*qué se me hace que ese niño no es tuyo*", dice. "Como ya no han vuelto a tener al cabo de estos años", dice... (F1/1988:625-632).

Los hombres, entonces, viven en un dilema que tiene su origen en la raíz misma de su propia identidad. En tanto hombres, se asumen como acosadores naturales de las mujeres. Ellos son el sujeto de un razonamiento de fondo que dice: "soy hombre, luego siempre ando buscando ganarle la voluntad a las mujeres". Ese rasgo de la identidad los lleva a sospechar de sus propias mujeres, pues ellas son las destinatarias de aquel razonamiento: "como mujer, debes estar siendo acosada por todos los hombres". La duda terrible, inmanejable, emerge de la conclusión que, en forma de pregunta, es posible derivar de las dos premisas anteriores: "¿estarás resistiendo siempre al acoso de los hombres?, ¿o habrás tenido ya algún fracaso?" Los hijos, entonces, pueden significar indistintamente una prueba del fracaso de la obligación de las mujeres de resistir o una prueba de la fidelidad de la esposa, si la paternidad sobre los hijos es reconocida.

b) Hacerse embarazada

La conceptualización de que las mujeres son usadas, para referirse a las relaciones sexuales, contrasta con la forma en que se habla del inicio del embarazo:

Después (mi esposa) *se hizo embarazada* de otra niña (M34/1988:333-334).

Antes de la niña que tengo, tuve un bebé; ese lo tuve antes que me casara, *me hice embarazada* (F35/1992:136-139).

Es sólo en el momento de embarazarse cuando la identidad de la mujer transita del mero objeto (sexual: mi marido hace uso de mí), al pleno sujeto: hombres y mujeres hablan de que la mujer "se hace embarazada" (más que hablar de que las mujeres se embarazan). En consecuencia, uno de los soportes centrales de la identidad de las mujeres, ahí donde ellas son social e individualmente ellas mismas, descansa en la capacidad de embarazarse. En la mayoría de los testimonios, el emba-

razo responde a una exigencia (social, familiar, matrimonial, personal, de género) de reaseguramiento sobre la propia fecundidad y sobre la propia descendencia. La mujer goza en el matrimonio de honorabilidad, protección y ventajas económicas, si bien en un marco de sometimiento ante el hombre. Este prestigio descansa básicamente en su capacidad de embarazarse. Esta capacidad es vivida como un evento que en sus primeras fases (el comienzo del embarazo) pasa por la reafirmación de la identidad social de las mujeres. Pero sólo en sus primeras fases, pues la terminación natural del embarazo, el parto, ya es significada con la mujer desplazada hacia la periferia y con los hombres nuevamente con un papel protagónico.

c) *Parir para él*

Hombres y mujeres coinciden en que el sino de estas últimas es tener hijos, y que deben tenerlos para sus maridos. Son las mujeres las que tienen hijos, pero los tienen para dárselos a los hombres:

Luego le digo a mi señor: "*pues si quieres te doy los hijos que tú quieras*", digo, pero yo no quiero que mis hijos anden mal vestidos, ni tanto que anden huarachosos... (F1/1988: 641-645).

El carácter normativo de la noción de que las mujeres tienen hijos para sus maridos autoriza a los hombres a reclamar a las mujeres, y a sospechar de ellas, en caso de que no puedan tener hijos:

Yo tardé como seis meses en embarazarme... No, y para mis suegros y para mi esposo *perdí mucho tiempo*. Porque ellos se molestaban (y me decían): "ah, no, ¿por qué no te embarazas?, ¿qué habrás hecho?" (F31/1992:660-666).

Si la identidad de las mujeres descansa en su capacidad de hacerse embarazadas, una falla de esta capacidad traduce directamente un cuestionamiento sobre aquella identidad: "¿quién eres?, ¿qué hiciste?", son preguntas que acompañan a la duda inicial de los varones de "¿por qué no te embarazas?"

Desde esta perspectiva, los hombres son conceptualizados como en el centro mismo del fenómeno de la reproducción.⁶ Las mujeres, en

⁶ Esta ubicación central de los hombres en el fenómeno de la reproducción convive con la realidad empírica, en la que, por supuesto, son las mujeres quienes juegan el papel central. Lo importante precisamente es advertir cómo una realidad de este tipo puede ser expresada por un discurso que parece corresponder a otra realidad.

cambio, son situadas más hacia la periferia del mismo, pues su parir no es un fin en sí mismo, ni puede tener el carácter protagónico que le está reservado al hombre: ellas le dan hijos a sus maridos. Lo anterior nos permite entonces recapitular sobre los tres vértices que componen la experiencia de la reproducción, desde el punto de vista de los hombres. Esta experiencia se concibe como un proceso que inicia y termina con el hombre como protagonista: el cuadro 1 ilustra este punto. Sólo la fase II, que tiene que ver con el hecho de embarazarse, tiene a la mujer como sujeto y protagonista de la acción. Esta es otra forma de apreciar que la identidad femenina, tal como se construye en esta comunidad, tiene como rasgo central e incompartido la capacidad de procreación. Pero ya la acción de parir tiene al hombre otra vez, no como el sujeto, pero sí como el beneficiario o el destinatario de la acción.

CUADRO 1
LAS FASES DE LA REPRODUCCIÓN DESDE EL PUNTO DE VISTA
DE LOS HOMBRES DE OCUITUCO

Fase	Sujeto	Verbo	Destinatario
I	Yo (hombre)	hago uso	de ti (mujer)
II	Tú (mujer)	te haces	embarazada
III	Tú (mujer)	pares	para mí (hombre)

d) El valor de los niños

Los significados asociados a la reproducción pasan también por el valor social diferencial que se asigna a los niños y a las niñas. Desde un punto de vista económico, los niños son más valiosos que las niñas, porque ellos están destinados a trabajar, a obtener un ingreso, a producir valor. Así, un niño puede llegar a ser más valioso que varias niñas, tal como lo ilustra el siguiente testimonio de un hombre que tiene varias hijas y ningún hijo:

Entre más hijos tiene uno, se ve uno apurado cuando están chiquitos, pero ya estando grandes pos ya ellos dan harto a uno. Pero así, puras mujercitas, ¿qué quiere?, casi, casi *nomás se van a servir*, nomás casi van ganando para vestirse (M36/1988:447-453).

El valor diferencial de los niños y las niñas (los primeros son más valiosos; las segundas son más útiles) contribuye a explicar la tolerancia hacia

el intercambio de niños existente en la comunidad. Las familias con un excedente de niños, o una madre soltera que no esté dispuesta a criar a su hijo, pueden encontrar con relativa facilidad a otras familias interesadas en recibir a tales niños en adopción. Como explicó una señora viuda sin hijos:

...una hermana de mi esposo tenía sus chamaquitos y un niño, yo, lo que sea, lo oía yo que lloraba y veía yo que no lo atendían bien. Y le digo: “¡regálame al niño!”.... me lo dio, lo agarré de tres meses y lo crié... (F24/1988:260-271).

De la misma manera, las familias con un excedente de niñas o, de nueva cuenta, madres solteras no dispuestas a criar a sus hijas, pueden *prestar* o *regalar* a una de ellas a alguna otra familia con necesidad de ellas:

Y entonces a mí de la edad de nueve años *me regaló* mi mamá con mis padrinos. Porque ya era yo la más grandecita y ya podía yo ayudarlos en algunos mandados. Ahí estuve hasta la edad de 14 años, hasta que ya me pude defender: me pegaban mucho (F30/1988:29-36).

Esta conceptualización está en la base de las valoraciones que los varones tienen sobre las mujeres: la capacidad de producir valor, de traer un sustento a la familia, permite la emancipación y la autonomía en la vida adulta. El valor económico es un fin en sí mismo: de ahí que los varones *sean* también en sí mismos. Para las mujeres, en cambio, cuyo sino es *servir*, la valoración es diferente. *Servir* en Ocuituco es un verbo transitivo: se sirve *para* algo o *a* alguien. Si las mujeres esencialmente *sirven*, entonces ellas *sirven/son* para alguien. De ahí su relatividad respecto a los varones.

e) *Presencia y capacidad decisoria del hombre*

Otras formas de significación asociadas a la reproducción, desde el punto de vista de los hombres, derivan de estas relaciones de género prevalentes en la comunidad, en las que el hombre detenta un alto grado de poder y, por ende, una capacidad decisoria importante sobre el proceso del embarazo y el parto. Por ejemplo, los hombres deciden en qué momento puede su mujer embarazada ver a un médico o a una partera:

Y fíjese cómo sería mi esposo, un día le dije: “fíjate que se me hace que ya estoy embarazada porque ya se mueve. ¿Iremos a ver al doctor?”. Dice: “no, mejor ya que falte más poquito tiempo”. Ahí sí me da tristeza cuando me acuerdo... (F31/1992:871-878).

También deciden sobre cierto tipo de atenciones, particularmente los “antojos”, que otras mujeres deben brindar a las mujeres embarazadas:

Una vez me llevó a la clínica y estaban vendiendo así, picadas, y entonces me llevó a cita y yo no le dije sino ya cuando veníamos en el camino, ya venía yo sintiendo feo, dice: "¿qué cosa?, ¿qué te duele o qué cosa?, ¿qué cosa se te antojó que no dijiste?". Le digo: "se me antojaron unas picaditas". Dice: "pues ora que lleguemos a la casa te voy a ver quién te las hace". Y sí, que agarra y que va a ver a mi concuña y ya que me las hace y que me las da... (F1/1988:192-205).

Finalmente, los hombres cuentan con un alto grado de poder para decidir dónde y con quién se atiende un parto. La decisión puede ser negociada en el interior de la pareja, pero al final el punto de vista que prevalece normalmente es el del hombre:

...el doctor me trató mal y entonces yo quedé como traumada. Ya después ya no quise ir con el doctor; [mi esposo] me decía que fuéramos pero yo no quise... [él] me decía: "tú estás muy mal comida, muy débil y muchos desvelos, entonces no te vas a poder aliviar acá", y yo le decía que sí, que sí, y él decía que no. Todavía me hizo el gusto de traerme a la partera... pero él ya no le tuvo confianza y ya fue a traer un coche... Y ya iba bien apurada y más con los azotones de la camioneta que hacía refeos... (F45/1992:1074-1127).

Es claro que estos testimonios translucen también un sentido de *responsabilidad* por parte de los hombres. Pero se trata de una responsabilidad cuya especificidad histórica deriva de la estructura de género en la que está montada. El papel preponderante que juegan los hombres en la vida social de Ocuituco explica la naturalidad con la que los diversos actores asumen la marginación de la que es objeto la mujer en la relación médico-paciente. Son los hombres los que se entienden con los médicos (que suelen ser hombres, también) aun tratándose de consultas por embarazo o parto:

—...tardé para el primer (embarazo) hasta que (mi esposo) me llevó al doctor. Me empezó a dar vitaminas... y ya después fue cuando me hice embarazada

—Con puras vitaminas; ¿y qué le dijo el doctor que tenía?

—Le dijo a él... él fue el que me llevó, a él fue al que le dijo (F9/1988:307-326).

Esto es, la relatividad que se asigna a las mujeres a partir de su propia identidad (*se hace uso de ellas, paren para sus esposos, sirven*) está en pleno funcionamiento en las relaciones médico-paciente que se establecen en la comunidad. Este tipo de encuentros tiene a los hombres en el centro de la acción, aun en los casos en que la paciente sea una mujer.

III. 4. Anticoncepción

Este entendimiento funciona también en varios sentidos en relación a la anticoncepción:

(mi esposo) dio su consentimiento, él y el doctor se entendieron y me operaron (Fdc⁷/1992: 30-31),

si bien, en algunos casos, el entendimiento entre el doctor y el esposo pasa por una consulta de este último a su esposa acerca de su parecer al respecto:

Entonces me dijeron los doctores que se operara, y les digo yo "pos le voy a decir porque debo tener conformidad de ella", ¿no? (M34/1988:311-314).

De hecho, la preponderancia del hombre en estos temas se advierte también al explorar la posibilidad de que algunas mujeres planifiquen sin que su esposo lo sepa. Las respuestas a esta pregunta iluminan el tipo de relación que se establece entre los géneros, así como los supuestos sobre los que dicha relación funciona: en la mayoría de los casos, las entrevistadas tienden a establecer una ecuación entre "saber" y "autorizar":

—¿Y hay mujeres que planifiquen sin que su marido sepa?

—Casi la mayoría que planifica es con *autorización* del esposo... (F57/1992:638-646).

En otras palabras, para los habitantes de Ocuituco es tan clara la norma de que la mujer se somete a los dictados del esposo, que no es imaginable disociar "conocer" y "autorizar": ambos términos pueden ser asumidos como sinónimos dado que, para efectos prácticos, sí lo son. El fenómeno de la anticoncepción moderna, sin embargo, se ha constituido en un espacio donde las relaciones de poder/género colisionan con las diversas concepciones existentes en torno a la sexualidad, la reproducción y la paternidad, dando lugar a nuevos procesos de construcción de significados de alta complejidad. Estos procesos de construcción de significados, contradictorios entre sí, tienen lugar en varias esferas de la realidad.

Un primer campo que la anticoncepción ha impactado se asocia estrechamente a la concepción citada más arriba en el sentido de que la sexualidad de las mujeres es algo que hay que controlar. Si, de acuerdo

⁷ Diario de campo.

con los testimonios citados, el semen que no se constituye en un nuevo ser humano degenera en gusanos, que a su vez desatan el deseo incontrolable de las mujeres, el efecto nocivo (desde el punto de vista de los hombres) de los anticonceptivos salta a la vista. Es decir, la asociación de esta concepción tradicional con el resultado práctico de los anticonceptivos modernos —la posibilidad de tener relaciones sexuales sin embarazarse— da lugar a un verdadero corto circuito en el nivel de las significaciones colectivas que potencializa la ansiedad y el impulso dominante de los hombres:

Yo ya había planificado mi familia, pero resulta que mi mujer comete adulterio y entonces yo me vi obligado a seguir procreando. Dije: "¿voy a seguir criando en vez de otro?, pos mejor que sea mío". Y eso me obligó a seguir teniendo. Si no, me hubiera quedado nomás con tres, porque ya tenía yo donde basarme (M40/1988:631-641).

Dadas las concepciones prevalecientes, la sospecha de que la esposa puede "haber dado su brazo a torcer" con otro hombre da lugar a un dilema para los hombres: si se sigue (por ejemplo) con el método del ritmo (que era el método usado por este informante), la "infidelidad" de la esposa puede dar lugar a la aparición del deseo incontrolable por la vía de la descomposición del semen en gusanos. No queda, entonces, sino ganar la carrera por la paternidad: bajo la noción de que el embarazo es producto de la acumulación suficiente de semen, este informante optó por ser él quién contribuyera con la mayor parte del mismo, para que el nuevo hijo fuera sobre todo suyo y no de otro: de ahí su sentida obligación de "seguir procreando".

Estrechamente relacionado con esto, un segundo campo que impacta la anticoncepción moderna pasa por el dominio mismo de la identidad. Si por norma, tal como se piensa en Ocuituco, las mujeres deben resistir lo que por "naturaleza" los hombres buscan —"ganarles la voluntad" — la introducción en la comunidad de los anticonceptivos modernos es vivida por los hombres como la posibilidad que tienen las mujeres de escapar a esa tensión a la que están sometidas, es decir, como la oportunidad para ellas de optar por no resistir tal acoso: literalmente, la posibilidad de transgredir la norma. Como se mostró anteriormente, la ecuación entre identidad masculina y deseo sexual incontrolable da lugar a una permanente ansiedad de parte de los hombres que los hace vivir bajo el temor de que las mujeres próximas a ellos (sus hermanas, esposas e hijas) no resistan al acoso al que, por definición, deben estar siendo sometidas. La posibilidad que ofrecen los anti-

conceptivos de disociar relaciones sexuales de reproducción resulta en una agudización de esta ansiedad:

Ora las chamaquitas ya andan con los hombres afuera antes de que se casen, ya saben de esos trucos, ¡pos mejor que tengan [hijos]! Yo, si una hija mía va a andar así con los hombres por allá y que no tenga nada y que llegue por aquí como una señorita, pos mejor que tenga un hijo: “*ya sé que no eres señorita y punto*”... no que se anden tomando sus porquerías para que no tengan hijos y yo recibéndola en mi casa como una niña. “Ya, ya tuvistes un hijo, pos órale, vete con él y punto. Allá ten 20 o 30, eso quieres”. Y no que me llegue que la señorita y que la niña (M37/1988:266-280).

La mayoría de las veces, las mujeres son construidas socialmente como personas con una sexualidad secundaria: inactiva, en el caso de las solteras; y controlada, en el caso de las casadas. “Señoritas” las primeras, “señoras” las segundas. El hecho de que la anticoncepción moderna permita (por lo menos teóricamente) que las primeras ejerzan su libertad sexual, supone un conflicto que cuestiona los términos sobre los que se ha construido la identidad de las mujeres. Desde la visión del mundo de los varones de Ocuituco, la mujer que tiene relaciones sexuales es la señora que se embaraza y que se convierte en madre. La anticoncepción moderna permite trastocar la relación de sinonimia entre los términos mujer-sexualmente activa-señora-embarazada-madre; y abre la posibilidad de separar los últimos dos términos (embarazada-madre) del resto de la ecuación. El hecho de que esta separación esté apenas comenzando al nivel de las significaciones colectivas, explica que la ansiedad de algunos varones respecto de las posibilidades de la anticoncepción pase, como en el testimonio anterior, por el temor de no poder identificar adecuadamente a una mujer (en este caso, a una de sus hijas): tomarla por “señorita” cuando ya no lo es. Que el entrevistado se refiera a los anticonceptivos con el término “trucos” refuerza nuestra hipótesis de que este tipo de cambios son vividos por muchos como una forma de “engaño”, como un recurso que puede confundir a los varones en sus roles de esposos y de padres.

En consecuencia, la anticoncepción moderna impacta también sobre la construcción social de las mujeres, quienes son percibidas por los hombres como mucho más cercanas al “descontrol” y a la libertad sexual y, lo que es “peor”, sin posibilidad para los hombres de controlar esa sexualidad:

Con ese control que tienen *le suelta la rienda libre*. Si, ya saben que no hay peligro. Si habiendo peligro lo hacen, ora sin tener peligro. Ora, antes no había comunica-

ción, ora ya hay. El hombre se va a trabajar y la mujer: se va a Cuautla. Regresa [el hombre] y la mujer está haciendo su quehacer: no ha hecho nada (M40/1988:687-696).

Estos dilemas, sin embargo, coexisten con la necesidad, resultado de las crecientes dificultades económicas, de limitar el número y espaciamiento de los hijos. La anticoncepción moderna, en consecuencia, impacta una cuarta esfera de la realidad, que pasa por la necesidad de sobrevivir. Que la mayor parte de las veces los hombres sepan/autoricen (sobre) el uso de métodos anticonceptivos por parte de las mujeres es un signo de la necesidad de adaptación que las dificultades económicas imponen:

—¿Y usted cómo ve que ora haya planificación familiar?

—No pos, en la época que hemos llegado, está bien. Porque realmente pos ya está trabajoso para tener unos 10 hijos. No alcanza el sueldo que gana uno y las cosas recarísimas (M36/1988:353-359).

Muchos hombres de más de 50 años de edad ven con claridad la ventaja económica de la planificación familiar:

—¿Y usted cómo ve eso de la planificación familiar?

—Pos está bien. Si hubiera habido antes de eso, tampoco nosotros nos hubiéramos cargado de hijos. [Ojalá que a mis hijos] no les pase lo que nos pasó a nosotros con tantos hijos que ya después son problemas: que a uno le falta esto y que a otro esto: se ve uno apurado. Y con poca familia pos hasta uno vive mejor: son menos compromisos (M43/1992:318-322;537-543).

Esta claridad, con todo, es aún mayor en los hombres jóvenes de las nuevas generaciones, algunos de los cuáles enfrentan la crítica de sus padres:

Sí, mis jefes luego se enojan. Dicen que debería de tener todos los que había de tener. Les digo: "ustedes no previeron eso antes, nosotros estuviéramos mejor" (M47/1988:230-234).

Estas formas de resistencia al cambio, sin embargo, no provienen sólo de las generaciones precedentes, sino que incluso en ocasiones son generadas por las mujeres mismas. Esto es comprensible dado que, como afirmamos más arriba, la identidad de las mujeres se afianza sobre todo en la capacidad de *hacerse embarazada*. Es en esa capacidad donde las mujeres son construidas socialmente como plenos *sujetos*, no como meros objetos (sexuales) o como sujetos que lo son (que paren) *para* los demás. Una estrategia que limite esa capacidad/ identidad necesariamente debe encontrar una objeción de principio por parte de las mujeres:

Y yo le digo [a mi esposa]: "mira, por eso te digo que mejor te operes para ya no tener familia ni para estar que tú, tus dolencias, uno se va a trabajar y que no puedes ni dar de comer ni dar de cenar, no. Así es que mejor hay que pararle". Dice: "no, pos ahí tú, si no quieres pos no, no. De mi parte, yo daré los hijos que Dios me dé, porque para qué te voy a decir que no; ora si quieres dejarme, déjame, yo me voy a mi casa"... (M34/1988:339-350).

Estamos entonces ante un complejo fenómeno de reconstrucción de los significados en torno a la anticoncepción y la reproducción, que pasa por las valoraciones sobre la sexualidad y alcanza al problema mismo de la identidad genérica. Con todo, las prácticas anticonceptivas institucionalizadas han logrado penetrar en las estructuras culturales locales, por lo menos en un nivel discursivo:

Ahora ya oímos consejos, oímos palabras sobre cómo sobrellevarse en la vida, o cómo reducir la familia para tener, para no padecer tanto en lo económico [...] primero no, éramos ignorantes en una palabra (M14/1988:89-99).

Primero no teníamos esto de salubridad, que del control éste, pues control familiar ¿no? primero nos íbamos, con perdón de la mesa, al trancazo. "Que no, que ámonos y antes que se acabe el mundo", ¿o no es cierto? Y creo que ora parece que ya: yo tengo un hijo, pues ya tiene como 25 o 26 años, y ya tiene hartos años de casado y tiene [sólo] un chavo (M41/1988:66-79).

IV. Conclusiones

El carácter ambivalente de los significados construidos por los varones en torno a la anticoncepción deriva del entrecruzamiento de valores pre-existentes, que a su vez se apoyan en las diversas formas de desigualdad (económica y de género) y en los distintos saberes médicos (moderno y tradicional) de la comunidad. De las condiciones económicas, adversas para la mayoría de los habitantes de Ocuituco, deriva una valoración positiva de la metodología anticonceptiva moderna. De las relaciones de género, adversa para las mujeres de Ocuituco, derivan tanto las bases sobre las que se construye la identidad genérica de varones y mujeres, como una valoración negativa de la anticoncepción, por cuanto ella supone la posibilidad de trastocar los supuestos de inequidad sobre los que se edifican las relaciones entre los géneros. Del saber médico moderno deriva la tecnología anticonceptiva misma; del saber médico tradicional deriva uno de los temores de que los anticonceptivos sean dañinos para la salud. De la intersección entre las relaciones de género y el saber tradicional deriva la ansiedad sentida

por los varones de que las mujeres usuarias de anticonceptivos desarrollen una sexualidad fuera de su control. Del entrecruzamiento de las relaciones de género y el saber y la práctica médica moderna deriva el autoritarismo presente en las relaciones médico-paciente en consultas sobre salud reproductiva. En una palabra, de las condiciones objetivas de vida, así como de los saberes médicos existentes en la comunidad, deriva un complejo campo de significados en torno a la sexualidad, la reproducción y la anticoncepción.

La propuesta de fondo de este trabajo es que ese conjunto de significados es clasificable según su génesis, sus vinculaciones, su lógica y su función. Más allá del aparente caos que el conjunto de significados sugiere, hay un orden simbólico y, más importante aún, es un orden en movimiento, con reacomodos permanentes. Si el análisis que hemos hecho es correcto, podemos vislumbrar que la tecnología anticonceptiva impactará mucho más allá de lo que es la economía familiar propiamente tal: sus efectos se harán sentir en una necesaria refiguración de los significados socialmente adscritos al fenómeno de la reproducción y la sexualidad; y, por extensión, puede contribuir a una reconstrucción de las identidades genéricas: ser varón y ser mujer están en vías de *significar* nuevas cosas para comunidades como la de Ocuituco. Como, de hecho, lo ha advertido ya una mujer de 23 años:

[algunos hombres dicen] que por qué se han de poner eso, que las mujeres son para tener hijos, bueno: infinidad de cosas. Y no, las mujeres no estamos nomás para tener bebés (F3/1988:117-121).

Sobre la generalización de los hallazgos

Los hallazgos reportados en este trabajo son generalizables más allá de la propia comunidad de Ocuituco. Es decir, es posible sostener con buenos argumentos que lo aquí reportado no concierne sólo a los habitantes de esa comunidad, sino que hace referencia a la manera en que la sexualidad y la reproducción son experimentadas por amplias capas sociales en este país. Vale la pena una breve reflexión al respecto.

Tradicionalmente, el problema de la generalización ha sido abordado en términos del principio de incertidumbre sociológica (Burawoy, 1991), que sostiene que mientras más profunda es la observación sociológica, menos generalizables son los hallazgos, y viceversa. Sin embargo, este principio no necesariamente se aplica para el caso de este trabajo.

La generalización de esta investigación puede sostenerse a partir de la definición de la naturaleza de este estudio. El análisis de la infor-

mación descansa fundamentalmente en lo que los individuos dan por sentado. En consecuencia, la generabilidad de los hallazgos puede presumirse toda vez que el análisis descansa en aquellos recursos del *sentido común* que indican la *normalidad* prevaleciente en Ocuituco. Expresiones tales como “como usted sabe”, “como dice el dicho”, “ya ve que esto es así”, etc., hacen referencia a un orden establecido de las cosas, esto es, a un conjunto de cosas que constituyen la realidad cotidiana de los individuos y que por lo mismo se pueden dar por sentadas. En otras palabras, es en el lenguaje mismo de los entrevistados donde es posible advertir las claves que permiten presumir la *generabilidad* de los hallazgos. Como señalaba Schutz, cada grupo “tipifica” su experiencia sobre un fenómeno dado al crear las palabras y expresiones específicas para referirse a él. Consecuentemente, el uso de expresiones como *hacer uso* para referirse a las relaciones sexuales, o *usted sabe cómo es una de mujer* para referirse a un rasgo central de la identidad femenina —por citar sólo unos ejemplos— permiten presumir que dichas tipificaciones representan la experiencia colectiva del grupo en relación a esos temas. La lógica de este razonamiento es comparable a la que subyace a la gramática. Para un especialista en esta disciplina, no es necesario trabajar con una muestra estadísticamente representativa de testimonios verbales para poder caracterizar la estructura —y su generalidad— de una lengua determinada. De hecho, el análisis de la estructura del discurso de un sólo individuo es suficiente para identificar, con un alto grado de precisión, la lógica que subyace a dicha lengua tal como la usan todos los que la hablan. Esto es posible precisamente porque el supuesto principal del gramático es que el lenguaje es un producto social. Cada individuo puede desplegar cierto grado de creatividad en el uso del lenguaje, pero dicha creatividad siempre tiene lugar dentro de los límites impuestos por la propia estructura del lenguaje. Esta analogía permite clarificar el argumento desarrollado aquí: cada habitante de Ocuituco puede interpretar su experiencia sobre la reproducción en términos relativamente creativos. Pero esta interpretación permanece siempre dentro de los patrones generales de expresión definidos por el grupo al que pertenece. Sostenemos que dichos patrones generales han sido identificados a través de esta investigación. En consecuencia, puede argumentarse que estos hallazgos son válidos por lo menos para la comunidad de Ocuituco y las comunidades de la región que participan de las mismas características socioeco-

nómicas y culturales. Y no es difícil advertir que muchos de los rasgos reportados en torno a la identidad genérica de hombres y mujeres, y sobre la manera en que se percibe la sexualidad de unos y otras, están también presentes entre amplias capas urbanas de este país debido, seguramente, a la desigualdad de género prevaleciente. La investigación científica de temas como la construcción social de las experiencias subjetivas sobre la sexualidad y la reproducción, en consecuencia, debe realizarse en comunidades y con sujetos sociales concretos y específicos. Pero los alcances de los hallazgos, si se procede adecuadamente, implica a grupos sociales más vastos que los observados directamente.

Bibliografía

- Arias de Aramburú, R., 1995, "La sexualidad en las ciencias sociales", *Reflexiones: sexualidad, salud y reproducción* 4, Programa de salud reproductiva, El Colegio de México, México.
- Berger, P., y T. Luckmann, 1986, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Boltanski, L., 1972, *Consummation Medicale et Rapport au Corps*, París, CSE-MSH.
- Caplan, P. (comp.), 1987, *The cultural construction of sexuality*, Londres/ Nueva York, Routledge.
- Castro, R., 1995, "The Subjective Experience of Health and Illness in Ocuituco: A Case Study", *Social Science and Medicine* 41(7): 1005-1021.
- Castro, R., 1995, "La lógica de una de las creencias tradicionales en salud: eclipse y embarazo en el ámbito rural", *Salud Pública de México*, 37(4):329-338.
- Castro, R., M. Bronfman, y M. Loya, 1991, "Entre la Tradición y la Modernidad: Embarazo y Parto en una Comunidad Rural", *Estudios Sociológicos* IX(27): 583-606.
- De Oliveira, O., y B. García, 1986, "Encuestas ¿hasta dónde?", en R. Corona et al. *Problemas metodológicos en la investigación sociodemográfica*, México, PISPAL-COLMEX, 65-80.

- Figueroa, J. G., 1995, "Some reflections on the social interpretation of male participation in reproductive health processes", ponencia preparada por el seminario *Fertility and male life cycle in the era of fertility decline*. International Union for the Scientific Study of Population, Zacatecas, Mexico.
- Glaser, B., y A. Strauss, 1967, *The discovery of grounded theory. Strategies for qualitative research*, Nueva York, Aldine De Gruyter.
- Hearn, J., y D. Morhan (comps.), 1990, *Men, masculinities & social theory*, Londres, Unwin Hyman.
- López Austin, A., 1988, *Cuerpo humano e ideología*, México, UNAM.
- Schutz, A. (1962), *Collected Papers, The problem of social reality*, La Haya: Martinus Nijhoff.
- Seidel, J., Friese, S., y D. C. Leonard, 1995, *The Ethnograph v4.0*. Amherst, MA: Qualis Research Associates.
- Weber, M., 1985, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Weeks, J., 1995, *Invented moralities, sexual values in an age of uncertainty*, Nueva York, Columbia University Press.